

comiendas en que los gobernantes de América distribuían á los indígenas entre sus amigos y favorecidos, sumiendo á aquellos desgraciados en los horrores del cautiverio, y tres mas volvió á atravesarlo conduciendo las disposiciones del soberano en favor de aquellos infelices. Él fué constituido protector de los indios por los soberanos de Castilla, él hizo valer este derecho ante los gobernadores y las audiencias, él alegó, escribió, rogó y ejecutó mucho mas que lo que cualquier hombre extraordinario habria hecho; « hizo lo que parece imposible. »

Los detractores de la libertad de los indígenas vieron entónces levantada contra ellos la mano de los obispos armada de un poder extraordinario por los reyes que los nombraron procuradores de indios y les autorizaron para proceder civilmente en los casos que fuese necesario. Aquellos llenaron su deber, y los que acusaron al clero, y sobre todo al clero mejicano y de Centro-América, de haberse mostrado hostil á la libertad de los indígenas, ó no conocen la historia, ó no han querido creer todo lo que esta nos refiere. Véanse las actas de los concilios provinciales, los acuerdos de los sinodos diocesanos, los estatutos dados por los primeros obispos, y en todos esos actos los mas solemnes en el orden gubernativo de la Iglesia y los mas propios para manifestar las opiniones de sus pastores, encontraremos la constante defensa de los indios hecha con la solicitud mas esforzada; encontraremos la energía con que aquella tomó siempre el partido del débil contra el poderoso, el del indio contra el europeo. Bien fácil nos seria puntualizar mil de estas reclamaciones dirigidas por los obispos á los reyes en

favor de la libertad de los indígenas, pero seria largo y molesto para nuestros lectores ocuparse en una materia por sí misma repugnante y que solo sirve para adquirir la convicción profunda de que cuanto mas denodadamente combatió el bien para triunfar, tanto mas fuertes fueron los obstáculos que encontró empeñados en vencerle.

¿ Mas á quién no asombra esa propagacion rápida del Evangelio por todos los valles, montes y selvas de la América central? ¿ Cuántos arbitrios no inventaron los fervorosos dominicanos á quienes fué encomendada la penosa mision de Guatemala, Honduras, Chiapas y Nicaragua? No podemos dejar de copiar el siguiente pasaje que encontramos en la historia de Las Casas, porque es uno de los mas bellos de su apostólica vida y tambien uno de los sucesos mas gloriosos de las misiones de la América central. « Se trataba de la conversion de la provincia de Tuzulutlan, país áspero y montuoso, lleno de lagunas, rios y pantanos, y cuyos habitantes agrestes y feroces como el ingrato terreno que ocupaban no se habian dejado domar por la fuerza de los españoles ni engañar por sus halagos. Tres veces habian estos entrado hasta el pueblo que servia de corte al soberano y las mismas habian vuelto á salir rechazados y escarmentados. Allí se ofreció á ir el P. Las Casas para convertir á la fe y reducir á vivir en sociedad á sus feroces habitantes, con pasmo del gobierno y de cuantos conocian aquella tierra. Mas puso dos condiciones indispensables, y fué la primera que los indios encontrados en aquellas tierras no fuesen dados jamas en encomienda á ningun europeo, sino reconocidos como vasallos libres del

rey de España; y la segunda, que durante el término de cinco años ningun español entrase en aquel país para que no lo escandalizasen ni estorbasen la predicacion. Estipulado esto diéronse los Padres á pensar en los medios con que habian de dar principio á su intento. Lo primero era abrirse alguna comunicacion con los indios y hacerse en cierto modo desear de ellos. Valiéronse para esto de la poesía y del canto, agentes tan poderosos para atraer y suavizar los pueblos groseros cuando se sabe usar de ellos á propósito. Como todos los religiosos sabian bastante la lengua del país, extendieron en ella los hechos fundamentales de la religion, tales como la creacion del mundo, la caída del hombre, su destierro del paraíso, la necesidad de la redencion para volver á él, la vida, milagros, pasion y muerte de Jesucristo, su resurreccion y su segunda venida á juzgar á los hombres. Hecho esto enseñaron á cantar las coplas á cuatro indios bautizados, y dándoles algunas bujerias, los despacharon á Zacápula y Quiche, donde aquellos solian traficar. Fué tal la novedad que las coplas y la música causaron en los indios y tal el interes que manifestó el cacique, que los indios cantores se ofrecieron á llevar á los Padres que les habian enseñado las coplas para que ellos mismos les explicasen su contenido. « ¿ Quiénes son estos Padres? » preguntó el cacique. Entónces los cantores y mercaderes al mismo tiempo le describieron el traje de que usaban tan diverso del de los demas españoles, y sus costumbres todavía mas diversas. No anhelaban por oro, plumas ni cacao, no comian carne, no usaban mujeres, tenian muy lindas imágenes, delante de quienes se arrodillaban; su ejer-

cicio continuo era cantar alabanzas á aquel Dios que habia criado el mundo: estos eran los que sabian y podian declarar lo que las coplas contenian, y tenian tanto gusto en ello que vendrian á su mandato si los enviase á llamar para este fin. Estas noticias excitaron en el cacique un vivo deseo de conocer y tratar á aquellos castellanos tan virtuosos y apacibles, y para contentarles envió con los mercaderes cuando se volvieron á Guatemala un mancebo hermano suyo con presentes para los religiosos y convidándolos para venir á su país. Llevaba tambien este indio la comision de investigar con cautela si era cierto lo que se decia de las virtudes y modestia de los Padres. Estos recibieron al mensajero con el agasajo que correspondia al buen principio que iban teniendo sus pensamientos, y despues de haber deliberado entre sí lo que convenia hacer atendido el estado de las cosas, acordaron enviar con el indio al P. Luis Cáncer, uno de sus compañeros, para que acabase de ganar la voluntad del cacique y examinase la disposicion de los naturales á recibir la doctrina y civilizacion que se trataba de darles. Asistido y servido con la mayor diligencia de los indios que le acompañaban, el P. Cáncer llegó á Zacápula, donde el cacique le hizo el recibimiento que correspondia á la estimacion que tenia concebida de su nuevo huésped. Enramadas, arcos adornados de flores, indios que le salian al encuentro y limpiaban el suelo por donde habia de pasar, el cacique mismo á la entrada del pueblo inclinándose profundamente, y no osando mirar cara á cara al misionero en muestra de mayor veneracion, fueron algunos de los agasajos dispensados al honorable hués-

ped. El Padre se aprovechó hábilmente de esta disposicion de ánimo del cacique, acabó de ganarle con sus presentes y con sus palabras, y le dió una total confianza cuando le manifestó la estipulacion hecha para que allí no entrasen españoles sino á gusto de los frailes, á fin de que los naturales no fuesen molestados. Hizo ademas una especie de capilla en que celebró el oficio divino, que presenció el cacique con los indios aunque de léjos, y la comparacion que hizo entónces de la barbarie y hediondez de sus ceremonias religiosas y lo torpe y feo de sus ministros sangrientos, con el aseo, delicadeza y solemnidad del ritual cristiano, acabó de inclinarle á una creencia que en buena razon tenia tan manifiestas ventajas. Y haciéndose explicar del P. Cáncer los fundamentos de la religion por el órden que él habia comprendido en los versos de los mercaderes, determinó hacerse cristiano, derribó y quemó sus ídolos y se hizo predicador á su modo, excitando á sus indios á que le imitasen, como de hecho muchos principales lo hicieron. Visitó, ademas, el misionero la comarca, especialmente los pueblos sujetos á la autoridad del cacique, y en ellos halló la misma buena disposicion para recibirle, agasajarle y escucharle : hombres groseros y rudos en demasia, repugnantes por su desaseo y desaliño, pero ingeniosos, inocentes, nada sanguinarios ni crueles, y dóciles sobre todo á las sugerencias de la humanidad y de la razon (1). » Este fué el principio de aquellas numerosas cristiandades que se fundaron en Guatemala siguiendo el plan pacífico del inmortal Las

(1) *Biografía de Las Casas*, Quintana.

Casas, y cuyo fervor fué el ornamento mas hermoso del Nuevo Mundo. La palabra de Dios, infinitamente mas poderosa que cuantos elementos tienen á su disposicion los soberanos de la tierra, triunfa en los lugares y en los corazones sobre los cuales nada pudieron aquellos. ¡ Oh! si constantemente se hubiese seguido en las Américas este plan que combinaron unidos el celo, la caridad y la experiencia de tantos varones apostólicos!

Guatemala, erigida en obispado, fué el primer fruto que el trabajo de los misioneros dió al catolicismo en Centro-América (1); Chiapas fué elevada tambien al rango de diócesis (2), y estas providencias del supremo pastor de la Iglesia contribuyeron á dar un ensanche todavía mayor á las dimensiones de las conquistas hechas por el Evangelio en esas remotas regiones.

Los rasgos de fervor que las crónicas de aquellos tiempos nos han conservado y se veían entre los convertidos al cristianismo, hacen volar nuestra imaginacion desde las selvas de América á los desiertos de la Siria y de la Tebaida, y desde las márgenes del Sumasinta y del Grande á las del Nilo y del Jordan. Entre hombres poco ántes ignorantes y mas que ignorantes bárbaros, las verdades de la fe produjeron los mismos efectos que en los primeros fieles convertidos del paganismo y del judaísmo. Heridos por la luz de una vivísima fe, convencidos de que la malicia todo lo contamina y que la verdadera felicidad del hombre sobre la tierra consiste en amar de todo corazón al sumo bien

(1) Por Paulo III en 1534.

(2) En 1544.

y en practicar por ese mismo amor las virtudes fervorosamente, ofrecieron al mundo el espectáculo tierno de la perfeccion cristiana en neófitos y recién convertidos. Era sobre manera edificante ver á todos estos reunirse los dias festivos en las plazas ó en otros lugares que les estaban designados y recorrer las iglesias inmediatas en procesion, cantando en su lengua los salmos ó las letanías. Era edificante, repetimos, observar con cuánto recogimiento se acercaban á los sacramentos y con cuánta sencillez cumplian todas las obligaciones que impone la fe de Jesucristo á los que la profesan. Esta es la época que podemos llamar de oro para las misiones de la América central.

Pero el fervor de otros, pasando mas adelante todavía, les apartaba del trato con sus semejantes, les llevaba á los montes y al corazon de las selvas, y, á la sombra de alguna pequeña ermita dedicada á la Virgen entre rocas inaccesibles, les hacia consagrarse á la vida eremítica con el rigor mismo que los anacoretas primitivos. Algunos escritores nos han conservado noticias aunque escasas de esas lauras del Nuevo Mundo (1). Aun existen los vestigios de esos lugares de santificacion regados por tantas lágrimas que arrancaban al corazon los crueles desengaños y el arrepentimiento humilde. Para un siglo orgulloso, para hombres sin fe, esto nada vale; mas para nosotros y para cuantos estiman en su verdadero valor la religion, son como piedras preciosas escondidas en profundas cavernas y donde no las busca sino quien conoce su mérito.

(1) Véase la obra del P. Juan de Rivas sobre los penitentes de Chocama.

CAPÍTULO XXXVI

Servicios prestados por la Iglesia. — Todo lo que existe en América en beneficio de la civilizacion á ella es debido. — Las órdenes religiosas. — Los hospitalarios belemitas. — Una observacion. — ¿La revolucion hizo ganar acaso á los pueblos de la América central? — Atraso y malestar. — Guatemala. — Elementos que obran una reaccion favorable.

¿Qué era el continente americano cuando apareció en él la religion cristiana? La respuesta que da la historia á esta pregunta, mostrándonos en Méjico esos sacrificios que arrebatában anualmente cien mil victimas al linaje humano, para inmolarlas sobre las aras de los ídolos y para alimentar la gula de los ricos y la codicia de los sacerdotes; en Chiapas, Guatemala y Honduras, esos oratorios dedicados á los reptiles mas inmundos y repugnantes, con sus sacerdotisas ocupadas en quemar delante de sus imágenes resinas olorosas; y en Chile, ese terrible Proculon, cuyas ceremonias representan al hombre bárbaro con todas sus tendencias crueles y sanguinarias; en todas partes, esa ausencia total de conocimientos que arrastran al ser mas noble que crió Dios en la tierra